



“Cascanueces”: pare, mire y escuche

Clásicos entre los clásicos, “Cascanueces” es una obra balletística de conocimiento y gusto absolutamente masivos. Haberla presentado en nuestro medio bajo una propuesta diferente de lectura narrativa, conservando intactos su título y la celeberrima música de Tchaikovsky, fue un acto de audacia extrema. Tras él estuvo la compañía del Ballet Nacional Chileno (BANCH) y las firmas de su director Mathieu Guilhaumon y Christine Hucke.

Para presenciarla y juzgarla era necesario una previa detención para conocer algunos antecedentes. Había que tener muy claro que sus pasos los estaba dando una agrupación y un coreógrafo del ámbito moderno; nada de baile en puntas, ni tutús, ni hadas, ni personajes encantados... Sin rodeos, había que en-



Un encanto la aparición de los muchachos dentro de unas esferas.

tender que este “Cascanueces” se venía muy innovador.

Con esa base esencial para tener los ojos bien abiertos, y ya frente a la danza misma, lo que se presentó fue “otro Cascanue-

ces” aterrizado en el tiempo actual, inspirado no sólo en la archiconocida pieza de ballet sino más en el cuento que la inspiró. Bien. Pero la historia que adelantaban las notas escritas fluyó

imprecisa, generando cruces y confusiones en el accionar de los personajes. Además, el marco escénico algo sombrío (todo en blanco y negro) no representó el justo ambiente navideño que debe imperar.

Salvo un reloj digital que enloquece y la aparición del color en el vestuario, el paso de la realidad a la fantasía pudo no percibirse claro, como tampoco se entendió del todo el avance dramático del personaje sobri-no-cascanueces-pololo.

En lo coreográfico mismo este “Cascanueces” tuvo altibajos, A momentos logrados con total acierto en la danza más colectiva, se sumaron otros de verdadero encanto, como fue la aparición de los muchachos dentro de unas grandes esferas rodantes. Acaso el punto más alto y de profundo lirismo fue esa suerte

de *pas de deux* que baila esta pareja, con giros que marcan guiños a la danza clásica.

Pero también hubo bemoles, cuando se advirtió demasiado contoneo sin rumbo en el mago Drosselmeyer, o cuando la Danza Española no lo fue, o cuando el Vals de las Flores se desarrolló sin gusto a nada. También hubo momentos en que la música de Tchaikovsky avasalló gloriosa con sus sonos y la escena danzante no respondió a la misma altura, casi inerte.

Agregando bemoles, éstos abundaron al escuchar el desempeño de la Orquesta Sinfónica de Chile, dirigida por su titular Rodolfo Saglimbeni. Tal vez por no ser una agrupación acompañante de ballet y no tener la costumbre de actuar en un foso, este “otro Cascanueces” la dejó con muchas deudas sonoras.